El espejismo del rigor: cuando las fórmulas de la derecha chocan con la realidad latinoamericana

Por: Cristian Cortés Olivares
Sociólogo, Analista Internacional

En el tablero político de América Latina, las promesas de prosperidad suelen venderse en envases predecibles. Durante los ciclos donde la derecha asume el poder, la narrativa dominante promete un retorno a la prudencia: disciplina fiscal, apertura irrestricta a los mercados, atracción de inversión extranjera y una mano firme frente a la delincuencia. Sin embargo, el contraste entre la retórica de campaña y la frialdad de los datos macroeconómicos desnuda una verdad incómoda: las recetas ideológicas no garantizan por sí solas el desarrollo sostenible.

El informe reciente del Fondo Monetario Internacional (FMI) sobre las Perspectivas de la Economía Mundial deja al descubierto esta brecha. La drástica rebaja en la proyección de crecimiento para Chile —situándola en un pobre 0,6% para 2026 bajo — evidencia cómo el argumento del "shock de confianza" cae por su propio peso ante la ausencia de motores productivos reales. La cifra no solo roza el estancamiento, sino que coloca al país en el fondo del desempeño sudamericano, superando únicamente a una economía en crisis profunda como la boliviana (-3%).

La paradoja se vuelve aún más evidente al contrastar estas proyecciones con el comportamiento de economías gestionadas por gobiernos de izquierda o progresistas en la región. Brasil, bajo la conducción de Luiz Inácio Lula da Silva, mantiene un ritmo de expansión del 2,2%, sosteniendo la actividad productiva interna en medio de un entorno global adverso. Por su parte, México, encabezado por el proyecto de la Cuarta Transformación, proyecta un crecimiento del 1,5% para 2026 impulsado por la reorganización de cadenas globales de valor (nearshoring) y la inversión pública estratégica. Aunque distan de ser cifras estelares en un continente golpeado por la incertidumbre, muestran que los modelos de desarrollo con mayor tracción estatal e inversión social logran amortiguar de forma más efectiva las desaceleraciones que el dogmatismo del ajuste.

El problema de fondo radica en la arquitectura misma del discurso económico conservador. Al privilegiar la consolidación fiscal como un fin en sí mismo, se suele contraer la demanda interna y desmantelar el gasto público productivo antes de que la inversión privada —siempre cautelosa— logre despegar. Mientras las administraciones de derecha en Sudamérica aplican frenos de mano a la inversión interna, ven cómo sus vecinos aprovechan la flexibilidad pragmática para sostener el consumo y el empleo.

A este desencanto macroeconómico se suma una segunda tensión crítica: la obsesión por el punitivismo en materia de seguridad. La tentación de aplicar esquemas autoritarios y de excepción genera dividendos electorales inmediatos, pero desatiende las grietas estructurales del Estado. Al postergar las reformas en educación, salud y previsión social para financiar el aparato represivo, los gobiernos siembran el germen de futuros estallidos sociales. La paz social comprada a costa de debilitar las garantías institucionales es, por definición, frágil.

América Latina no necesita milagros ideológicos ni retóricas de trinchera. La evidencia reciente demuestra que la austeridad a ultranza frena en seco el desarrollo, mientras que la integración de políticas sociales con pragmatismo económico ofrece mayor resiliencia. El verdadero desafío regional no es demostrar qué doctrina es más dogmática, sino construir Estados capaces de garantizar seguridad sin autoritarismo y crecimiento económico con equidad real.